





JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

NOVELA Y CUENTO



JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

*Edición de Dolores Troncoso*

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

NOVELA Y CUENTO

*El mundo sigue*  
*La poetisa (IV serie de Cuentos*  
*y patrañas de mi ría)*

Edición de Dolores Troncoso



BIBLIOTECA CASTRO

FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO



## Patronato

*Presidente*

JUAN MANUEL URGOITI

*Vicepresidente*

TOMÁS MARÍA TORRES CÁMARA

*Vocales*

JULIÁN CALDERÓN TRUCO

CECILIA FRÍAS MONTEJO

*Vocal-Secretaria*

MARTA SÁNCHEZ SAIZ

## BIBLIOTECA CASTRO

*Dirección Académica*

DARÍO VILLANUEVA (de la RAE)

*Responsable de Edición*

CECILIA FRÍAS

Queda prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de la presente obra sin autorización expresa y escrita de la Fundación José Antonio de Castro, titular del «copyright», extendiéndose la prohibición al tratamiento informatizado de su contenido y a la transmisión del mismo, en todo o en parte, y para cualquier fin o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado o por otros sistemas de reproducción de textos, fotografías o grabados.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com))

- © Introducción: Dolores Troncoso
- © Imagen de cubierta e interior: Herederos de José María Prim. Detalle de la ilustración a «Parábola de la grúa y el barco», *La poetisa (IV serie de Cuentos y patrañas de mi ría)*.
- © Derechos de Autor: Herederos de don Juan Antonio de Zunzunegui
- © Edición 2024: FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO

Alcalá, 109 – Madrid 28009 – [www.fundcastro.org](http://www.fundcastro.org)

ISBN: 978-84-15255-86-4

DEPÓSITO LEGAL: M-1229-2024

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

<i>Biografía</i> .....	IX
<i>Coordenadas narrativas</i> .....	XXVII
El mundo sigue .....	XXXVII
Cuentos y patrañas de mi ría.....	XLVII
La poetisa.....	I.
<i>Criterios de edición</i> .....	LXV
<i>Bibliografía consultada</i> .....	LXVI

### EL MUNDO SIGUE

PARTE PRIMERA .....	5
PARTE SEGUNDA .....	143
PARTE TERCERA .....	307

### LA POETISA (IV SERIE DE CUENTOS Y PATRAÑAS DE MI RÍA)

LA POETISA .....	477
¿EL PÁJARO O LA JAULA? .....	507
A CARA O CRUZ .....	527

---

LA TÍA ASUNCIÓN .....	561
EN LA OTRA VIDA .....	627
PARÁBOLA DE LA GRÚA Y EL BARCO .....	639

## INTRODUCCIÓN

Juan Antonio de Zunzunegui es hoy un autor casi olvidado por muchos y desconocido quizás por más; olvidado o desconocido por circunstancias literarias y extraliterarias, que intentaremos aclarar a lo largo de esta introducción a dos de sus libros, *El mundo sigue* y *La poetisa*; ambos tratan de ser representación de una extensa obra: veinticinco novelas y diez libros de relatos, amén de numerosos prólogos, artículos periodísticos, y seis obras de teatro —algunas incompletas— sin publicar.

Para recuperar este autor parece necesario conocer sus rasgos biográficos que no están llenos de grandes avatares, pero cuyas circunstancias vitales impregnan de una forma u otra toda su carrera literaria.

### BIOGRAFÍA

«Yo nací con el siglo», decía don Juan Antonio, aludiendo a su nacimiento en Portugalete, el 21 de diciembre de 1900, lo que facilita conocer su edad cuando publica cada obra y, sobre todo, reconocer muchos rasgos de cada momento histórico que vive y describe: el reinado de Alfonso XIII, la II República, la guerra civil, el franquismo y la transición democrática ya que muere en 1982.

Nacía ... casi podríamos decir, con la mirada en la ría y entre las virutas y chapas del astillero de su padre. Y él, el niño Juan Antonio de Zunzunegui ... mataba horas y horas entre las piezas marineras o los hornos de la fábrica de ladrillos de Lasasarre hasta dominar el laberinto de palabras técnicas que posee la náutica (Herrero).

Por eso clasificará su obra, o «flota», en «cuentos y novelas de pequeño tonelaje», «novelas de gran tonelaje» y «embarcaciones auxiliares». Llamaba a las libretas que recogían un esbozo del argumento de su próxima obra «sala de gálibos»; los apuntes e ideas sobre cada novela iban apuntándose en su «cuaderno de bitácora», las comparaciones y metáforas náuticas son frecuentes en sus textos, y uno de los cuentos aquí editados, *Parábola de la grúa y el barco* es, entre otras cosas, un alarde de lenguaje náutico.

Su madre, Rosa Loredo, muy religiosa, era una bilbaína de buena familia; su padre, Casimiro de Zunzunegui, nacido en Baracaldo, era hombre emprendedor que explotaba en arriendo una mina de hierro, la denominada *Mame* (nombre familiar de la abuela materna del novelista), base de su sólida fortuna económica, y poseía también otros varios negocios relacionados con el hierro.

Juan Antonio, único varón entre seis hermanas, a los diez años fue enviado a Orduña, para recibir de los jesuitas una educación que habría de completarse con estudios universitarios de Derecho en Deusto y viajes estivales al extranjero. Años después evocará esta etapa infantil y juvenil en el cuento *El binomio de Newton* (1925) y en su novela más autobiográfica *¡Ay... estos hijos!* (1943), Premio Fasthernath de la Real Academia *ex aequo* con Dámaso Alonso. Considera Domingo Paniagua, que la crítica de «lo jesuítico» en Zunzunegui, es menos violenta que la de Pérez de Ayala, Ortega y Gasset o Juan Ramón Jiménez; cierto, pero que sea *leitmotiv* con alguna frecuencia a lo largo de toda su narrativa resulta significativo, sobre todo en un escritor de creencias cristianas hasta el final de su vida. «La Iglesia como institución en la obra de Zunzunegui —confirma M.<sup>a</sup> Antonia López-Lusarreta, aunque sin mencionar a los seguidores de Ignacio de Loyola—, se representa no tan solo como un elemento [ambiental] más sino que, reiteradamente, se manifiesta a través del poder difuso que ejerce sobre la vida de los ciudadanos».

La formación en leyes y el conocimiento de lenguas extranjeras tenían un objetivo claro; ser el continuador de su padre en lo que la burguesía industrial bilbaína de entonces

llamaba «el escritorio», es decir, el lugar desde donde se dirigen los negocios.

Pero Toñin [relata Pilar García Madrazo] no pensaba en los negocios de su padre, sino en leer todo lo que llegaba a sus manos y en escribir cuartillas, que desde niño guardaba en las cajas de zapatos de sus hermanas. Creía él que esta vocación le llegaba de su abuelo materno, Miguel de Loredó y Rola, periodista y político fuerista, que a los veintidós años fue representante de Portugalete en las Juntas Forales de Guernica, que defendió los fueros en *El Euskalduna* ... que editaba en la planta baja de su casa, en Bilbao, y murió desterrado en Madrid, a los treinta y siete años. Su temprana muerte y su aliento literario y combativo impresionan vivamente al joven Zunzunegui, quien le dedicará su primera novela, *Chiripi* (1931), «con un gesto atávico de su nieto Juan Antonio».

La distancia entre los proyectos familiares y los personales provoca varias crisis en el estudiante de Deusto; traslada entonces su expediente a Salamanca por consejo de Enrique Areilza, célebre traumatólogo bilbaíno, médico de la familia, pero también intelectual, amigo de Pío Baroja, Ignacio de Zuloaga o Miguel de Unamuno, para quien Areilza da al futuro escritor una carta de presentación. Por ella, y sin duda porque intuye la capacidad intelectual y artística del joven, don Miguel le permitirá acudir a su tertulia de catedráticos en el Casino y escuchar sus ideas en paseos por Salamanca y alrededores (Herrero): «Por él [Unamuno] fui yo a la literatura portuguesa, y por él leí a Pirandello y a los italianos, y él me enseñó el amor a Dante y a su *Comedia*. Las pocas ideas que me andan a mí en la cabeza son aprendidas de don Miguel. Es sin duda el escritor que más ha influido en mí» (Zunzunegui en Ortiz Alfau).

Los años 1919 a 1925 reside entre Salamanca y Madrid, donde consigue por fin aprobar Derecho Mercantil y licenciarse, con la ayuda de su entonces compañero de licenciatura, José Antonio Primo de Rivera, a quien dedicará en 1938 la novela *No queremos resucitar*; la censura impediría publicarlo por tratarse de una sátira de la guerra civil desde la perspectiva de los ideales joseantonianos (García Madra-

zo). En 1982 confesaría Zunzunegui en *El País*: «Ahora no me atrevo a publicar[lo] porque me parece irreverente».

En 1923 aparece, en la revista bilbaína *Semana*, una entrevista suya a Unamuno en Salamanca donde firma por primera vez como *Zalacaín*, seudónimo que seguirá utilizando en artículos para *La Noche* (Santiago de Compostela), *El Noticiero Bilbaíno*, *El Pueblo Vasco* y *El Nervión*, hasta 1926. Posiblemente esta firma sea el primer homenaje de Zunzunegui a Pío Baroja, a quien dedicará, andando el tiempo, su discurso de entrada en la Real Academia (1960). Allí afirma: «Sus páginas vascas [entre otras] las de *Zalacaín el aventurero*, ... le acreditan como el más grande escritor y cantor de la raza y el más estremecido pintor que ha tenido la tierra vasca». Al contestar al citado discurso, comenta con gracia Gerardo Diego: «El glorioso novelista [Baroja] a quien [Zunzunegui] sucede ... fue ejemplo extremado de abrupta franqueza. Entre vascos anda el juego». Pero intuyo que firmar como *Zalacaín* no era solo un homenaje a don Pío; también puede interpretarse como una autodefinición de quien piensa lanzarse a la «aventura de la literatura» cuando se espera de él otra cosa.

Toda esta etapa de formación, mucho más aprovechada en lo cultural que en lo mercantil, con estudios en tres universidades españolas, estancias en Bélgica, Holanda, Alemania, Francia, Inglaterra e Italia, relaciones con personas relevantes como el doctor Areilza o Miguel de Unamuno, y contactos generacionales como José Antonio Primo de Rivera, solo se explica en la España de los años veinte del siglo pasado gracias a una muy buena situación socioeconómica.

De regreso a Bilbao, realiza el servicio militar en las baterías de Punta Lucero donde localizará una historia de compañerismo en el cuento homónimo de 1926, y acude a las tertulias intelectuales del Café Boulevard y del Lyon d'Or donde coincide con Rafael Sánchez Mazas (1894–1966), de quien su madre años atrás le había regalado *Pequeñas memorias de Tanis*, que había impresionado a Juan Antonio (López Muñoz). Apunta López-Lusarreta que de este ambiente cultural formaba parte importante el poeta ultraísta Ramón de Bastera (1888–1928). «Todos los capullos de escritor —reco-

nocería Zunzunegui en 1952— que andábamos por Bilbao tomamos a Ramón por amigo y mentor». Y explica Gerardo Diego en el ya citado discurso académico de 1960:

La definición y precisión por la imagen y la metáfora, a veces francamente atrevidas ... es técnica aprendida [por Zunzunegui] en los modernos poetas .... Me contaba una vez que yendo de visita a la casona de Ramón de Basterra, encontró al poeta de *Las ubres luminosas* [1923] en el establo, consultando el Diccionario de la Academia, abierto sobre el pesebre a guisa de atril o facistol. —¿Qué haces ahí, Ramón? —Ya ves, Juan Antonio. Pastando vocablos. Pastando vocablos.

Su primer libro, *Vida y paisaje de Bilbao* (1926), se lo publica él mismo «con el dinero que le saca a su padre» (García Madrazo). Enrique Areilza se había ofrecido a prologarlo y, para despejar el miedo de Zunzunegui a enseñarle el texto, le decía: «No te apures, hombre; si quieres, ya diré que eres el mejor literato de Bilbao». Pero el doctor muere antes, y Zunzunegui se autoprologa, dedicando la primera mitad a Areilza y su inesperada muerte —«No me lo podía creer», comienza—, y la segunda al contenido del libro:

Lector: estas narraciones que forman el presente volumen, son parte de lo que escribí en esta mi primera mocedad que va de los dieciocho a los veinticuatro años. De no tener una decisión firme de continuar en el ejercicio de las letras, no las publicaría. No es que me parezcan buenas ni malas; son el exponente de un estilo de formación, que ya es bastante; por eso las publico tal y como las redacté cuando fueron escritas.

A mi juicio, dos aspectos de este prólogo merecen destacarse porque revelan rasgos interesantes de la personalidad zunzuneguiana:

De un lado el afán juvenil, pero que en él va a perdurar, de mostrar al lector sus ya entonces amplios conocimientos literarios. Toma como lema dos versos no demasiado conocidos de Antonio Machado en su etapa modernista, «Hacedme/un duelo de labores y esperanza» (*Elogios*, 1915); y cita,

a propósito del doctor Areilza, otros dos versos escritos por Voltaire al final de su vida: «J'ai fait un peu de bien/c'est mon meilleur ouvrage» (*Épîtres à Horace*, 1772).

De otro, su confesión, que será continua en su obra, de circunstancias y sentimientos personales, es decir su autobiografismo, directo en prólogos, entrevistas y artículos, e indirecto, a través de narrador, personajes y ambientes, en su creación. Me atrevo a contradecir en esto a una profunda conocedora de la personalidad del escritor cuando considera excepcional en este aspecto la novela *¡Ay... estos hijos!* (1943): «Aunque no es amigo de lo autobiográfico, la función de catarsis que cumple esta novela parece evidente» (García Madrazo). Todo el prólogo que venimos tratando, como otros muchos de sus textos posteriores, es autoconfesional, en lo personal y en lo literario.

Y aún hay más; cinco de los siete relatos, unidos a dos *apuntes* que componen el libro, comenzados en Salamanca, continuados en Madrid y en el cuartel de Algorta, y terminados en Bilbao, llevan sendas dedicatorias que conforman un listado de vascos, por nacimiento o adopción, conocidos y respetados por Zunzunegui en 1926: Sánchez Mazas (1894–1966), Ciriquiain Gaiztarro (1898–1964), Joaquín Adán (1892–1937), Murlane Mitxelena (1885–1955) y Alejandro de la Sota (1891–1965). Todos tienen en común estar relacionados con el falangismo y el periodismo, y ser «bilbainófilos» —como les llama Amézaga— por haber publicado libros sobre Bilbao, anteriores al de Zunzunegui.

En cuanto aparece *Vida y paisaje de Bilbao*, su autor lo envía a Unamuno, en esa fecha exiliado en Hendaya como protesta contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Don Miguel le responde con una emocionada carta que Zunzunegui convertirá en prólogo de *Chiripi* (1931), su primera novela:

¡Ay mi querido amigo!, ¿Cuántos me quedan? ¡Qué brisas, muchas de ellas dejos de huracanes de mi mocedad y de más allá de ella, de mi henchida niñez, me han traído su *Vida y paisaje de Bilbao!* Gracias, gracias gracias. Leyéndolo aquí, en este rinconcito fronterero del País Vasco..., leyéndolo aquí,

---

he sentido rebrotar los años en que Dios, ahí, en Bilbao, me hacía el que he venido a ser.

Conviene apuntar que *Vida y paisaje de Bilbao* será uno de los muchos títulos que Jaime Brihuega cite en su monografía de 1981 sobre las vanguardias artísticas españolas entre 1909 y 1936.

La primera novela de Zunzunegui, *Chiripi*, protagonizada por un futbolista, se publica en 1931, y tiene su origen en una vivencia personal: «En su juventud bilbaína jugó al fútbol en el Arenas de Guecho hasta que la vista, solicitada por la lectura constante le impuso el socorro de la óptica, y tuvo que dejar el balón.

Su segunda novela, *El chiplichandle* (corrupción de *ship-chandler*, «proveedor de buques») está saliendo en una imprenta que el novelista acaba de montar junto a José Manuel Aniel Quiroga, «para justificar su vida ociosa dedicada a la literatura», cuando estalla la guerra. Por fortuna, un cajista guardó el original y pudo publicarse posteriormente. Está solo en Madrid. Se refugia en la embajada de México, en 1937 marcha a Francia y desde allí pasa a San Sebastián, desde donde vuelve a recuperar el contacto con su familia. En San Sebastián trabaja en 1937 como redactor de *Vértice* bajo la dirección de Manuel Halcón (García Madrazo y Paradela Jiménez).

*Vértice* fue una revista ilustrada de ideología falangista, que se publicó en España durante los primeros años del franquismo. Su primer número apareció en San Sebastián en abril de 1937, y el número 83 y último en Madrid en febrero de 1946. Finalizada la guerra, su sede se trasladó a la capital, y pasó a ser editada bajo el subtítulo «Revista Nacional de FET y de las JONS» (Rodríguez Puértolas). En *Vértice* Zunzunegui publicó varios cuentos, además de dirigir la sección de crítica de libros, cosa que le ayudó bastante a ser conocido una vez llegada la paz; al menos, así lo cree Manuel Iribarren: «La acogida de la novela *El chiplichandle* [publicada al fin en 1940] hubiese pasado inadvertida para la crítica, como ha pasado para el público, a no regir su autor la sección bibliográfica de una de las mejores revistas de España».

Esta relación tan directa con Falange Española, no impidió que la censura franquista prohibiera publicar la ya citada novela *No queremos resucitar* (1938), o que corrigiese muchas de sus obras, como el cuento *El hombre que iba para estatua*, publicado ese mismo año en la propia *Vértice*, donde de la comparación «Un pueblo sin estatua es como un nuevo rico» se eliminan las palabras finales «sin querida». Dicha censura volvería a actuar con *Una mujer sobre la tierra* (1959) escrita en 1956 y publicada antes en México que en España, con *El don más hermoso* que se publicaría en 1979 pero había sido escrita once años antes (López-Lusarreta) y con *De la vida, del amor y de la muerte: viaje a una niebla drogadiza*, escrita en 1970 que no presentó a la entonces obligatoria censura previa «porque sabía que no iba a pasar» (Zunzunegui a *El País*). Según Torrente Ballester, Zunzunegui fue «uno de los primeros en emprender la batalla defensiva, tantos años duradera, contra la censura. Testigos hay vivos que lo recordarán, vociferante, en aquellos mediodías del Café Gijón de las décadas cuarta y quinta de nuestro siglo. Vociferante contra la censura y sus desafueros».

Volviendo a 1938, reside entre San Sebastián y Madrid, aunque pasa algún tiempo en Valladolid, donde hace amistad con Francisco de Cossío (1887–1975), periodista que en ese momento defiende con ardor la causa de los sublevados desde *El Norte de Castilla* y que pronto dirigirá el *ABC*. De San Sebastián, Zunzunegui se traslada a Bilbao, y de aquí en 1939 a Madrid, que se va convirtiendo en su residencia definitiva. De esta época debe ser su ensayo inédito «Confusionismo de la literatura actual: la novela y sus aledaños», donde escribe:

Al entrar en Madrid me di cuenta de que jamás, en los siglos de los siglos, un aspirante a escritor, o un escritor en agraz, que es lo que era yo, se le brindaría mejor ocasión que entonces, de hacer fácil carrera en las letras ... Todo estaba desolado y asolado; por consiguiente todo había de ser de nueva planta. No teníamos ni oposición ni competencia (Paradela Jiménez).

En 1943, la novela *¡Ay... estos hijos!* es una especie de despedida de su vida en Bilbao. «La guerra civil ha conmocionado fuertemente al escritor, obligándole a tomar una decisión definitiva. [Describe en esta novela] sus memorias de niñez y mocedad, como lo hiciera don Miguel [de Unamuno] en *Paz en la guerra*. Con ella intenta liquidar su indecisión vital y hallar su propia definición literaria» (García Madrazo). Publica todavía tres novelas más ambientadas en el País Vasco, *El barco de la muerte* (1945), *La quiebra* (1947) y *La úlcera* (1948), y varios de sus cuentos posteriores se localizan entre Madrid y Bilbao como los agrupados en *La poetisa*, pero creo que tiene razón Gerardo Diego en que *¡Ay... estos hijos!* «culmina su etapa de juventud», y ese fin de etapa está muy relacionado con su traslado de Bilbao a Madrid. En lo biográfico puede marcarse una fecha, aquella en que el escritor cierra la mina *Mame* tras la muerte de su padre en 1947, y trae a su madre a vivir con él en Madrid. Evocará el cierre de *Mame* en el cuento *El adiós a una mina de hierro* (1952).

Otro amigo de Zunzunegui, el escritor y periodista Elías Amézaga, sintetiza estas dos etapas vitales y geográficas del novelista:

es un escritor ... que ha tenido que salvar mil obstáculos, empezando por su familia ... «Ya se le pasará. A su tío también le dio por tales chifladuras. Esto cae bien de mozo. Conque a serenarse, tome las riendas de los negocios y a vivir». En Portu [Portugaleta] tampoco era bien visto. Se le toma por hijo de rico, un señorito ocioso con ganas de figurar... Él mismo siente que se agujonea su amor propio. ¿Que él es un diletante, que escribe para unos pocos, que más le valdría dedicarse a los negocios del padre? ... Y viéndose aislado se larga a Madrid. ... Nueva desilusión. Vegeta durante años en una terraza de la calle Viriato. Le cuesta encontrar el ambiente propicio para apurar su oficio ... le cuesta conectar con los de su profesión... ¡Cuánto fracasado! ¡Cuánto inútil se esconde tras la tinta de su pluma emborrugada por vendida! Así que el novelista vuelve a su soledad... Ha de llegar a 1960, y ya con una flota de libros

en su haber, para sentirse justipreciado por la Academia de la Lengua Española.

Aunque líneas más arriba señalásemos la muy temprana vocación literaria de Zunzunegui y su decisión de dedicarse a la escritura creativa, Amézaga expone aquí, por intuición o confidencia de su amigo, que Zunzunegui no se sentía a gusto viviendo contra la opinión de su entorno vasco. Este estado de ánimo, unido al trauma que, como para todos, debió significar la guerra civil, fueron las causas más profundas de su traslado definitivo a una ciudad que le separe de su entrañable, pero también asfixiante, Bilbao. Según López Muñoz, alguna vez el escritor comentó: «Desde un Bilbao donde hasta las criadas de servicio soñaban con las cotizaciones de bolsa, en la tertulia de Madrid creía [yo] vivir en una isla». Incluso literariamente, son ya demasiadas las obras localizadas en el País Vasco, aunque haya tratado de variar su campo de visión: el mundo del fútbol (*Chiripi*), el religioso (*¡Ay... estos hijos!*), la alta burguesía industrial y financiera (*La quiebra*), los indianos (*La úlcera*)...; parece necesitar horizontes nuevos, aunque su opinión sobre la sociedad española, y su ideología conservadora no varíen demasiado. De su vida en Madrid en los años cincuenta y sesenta, que escuetamente refleja Amézaga, hemos dado ya algún indicio: sus choques con la censura por dos novelas, sus intervenciones en la tertulia del Café Gijón, o su entrada en la Real Academia. Las exclamaciones despreciativas que Amézaga supone u oyó a Zunzunegui —«¡Cuánto fracasado! ¡Cuánto...!»— concuerdan muy bien con el carácter orgulloso del escritor que, «con jactancia justificada» (Juan Luis Alborg), escribirá en 1958:

Para mí, los novelistas se dividen en dos clases: de altura y de bajura. Como la pesca. La vida literaria tiene mucho de pesca. Los novelistas de altura van siempre en solitario, indiferentes al moscardoneo, o si acaso en parejas. Los de bajura se mueven en bálamos, en grupos numerosos que van de un lugar a otro siguiendo a algo o a alguien ... meterse con uno o hacer una crítica negativa de la obra de uno es muy fácil: está dentro de las posibilidades de cualquier cretino. Ahora,

escribir las ocho mil páginas, densas y extensas, de prosa novelesca que yo he publicado, eso ya es un poco más difícil.

En cambio, no ha de tardar tanto su reconocimiento como Amézaga indica. Mientras escribe en ese aislamiento de familia y amistades bilbaínas, colabora en dos revistas, *Mundo Hispánico* (1948–1977), y *Correo literario* (1945–1955), ambas del Instituto de Cultura Hispánica. En *Mundo Hispánico*, entre las reseñas más relevantes que aparecen en la sección «Autocrítica», (participa, por ejemplo, Camilo José Cela sobre *La Colmena*), Zunzunegui comenta su obra *Las ratas del barco* (1950). En *Correo literario* dentro de la sección «El autor y su obra maestra» que ocupaba toda la contraportada, Zunzunegui es entrevistado por el escritor Carlos Fernández Cuenca. En la misma revista figuran críticas a obras de veteranos como Aleixandre, Panero, Bousño, Cela, y un largo etc., y a otros más jóvenes como López Pacheco, Nora, Claudio Rodríguez, Delibes... Dentro del primer grupo encontramos a Zunzunegui.

*Correo literario* no apoyaba directamente la novela social: «Tanto el realismo moderno como su consecuencia extrema: el naturalismo, deforman, mutilan y falsifican la vida fotografiándola», pero reseñan excepcionalmente obras concretas, como *Las últimas horas* de Suárez Carreño y reivindican el estilo de *La vida como es*, de Zunzunegui, ya que las creen «sin deudas con la novela moderna» (Domingo Martín).

Entre 1947 y 1960, se reseñan en revistas y periódicos de importancia en la época prácticamente todos los libros que nuestro autor va publicando: *El supremo bien* (1951), *Esta oscura desbandada* (1952), *La vida como es* (1954), *El hijo hecho a contrata* y *El camión justiciero* (1956), *Los caminos del Señor* y *Una mujer sobre la tierra* (1959). Además, en muchas ocasiones, la relevancia de los reseñadores no es menor: José Luis Cano, José M.<sup>a</sup> de Cossío, Melchor Fernández Almagro, Gaspar Gómez de la Serna, Antonio Tovar, Antonio Vilanova, Francisco Ynduráin...

Llegan además reconocimientos más o menos oficiales: en 1948, gana el Premio Nacional de Literatura por *La úlcera*. En 1951 se le otorga uno de los cinco *accessits* en que se

dividió el premio de novela Cultura Hispánica por *El supremo bien*, novela que al año siguiente recibió el Álvarez Quintero de la Academia de la Lengua. En 1952 el premio del Círculo de Bellas Artes de Madrid se reparte entre Luis Antonio de la Vega y Zunzunegui por *Esta oscura desbandada*. En 1954, *La vida como es* recibe el premio Larragoiti a la mejor novela del año de la Sociedad Cervantina. En este apartado de premios literarios ocurrirá más adelante algo irónico: su novela *El premio*, dura sátira contra estos certámenes, gana el Miguel de Cervantes, es decir el Premio Nacional de Literatura de 1962 (Martínez Cachero).

Hasta mediados de los años setenta estamos en la época de plenitud del autor por su capacidad creadora y por la buena acogida de sus lectores: a todas las novelas citadas y algunas más, habría que añadir sus colecciones de relatos como las dos últimas series de *Cuentos y patrañas de mi ría* —*La poetisa* (1961) y *El contrabando* (1971)—, *El trabajo... y la vida o la muerte* (1963) o *El hombre que perdió sus domingos* (1964), colecciones en que el autor reúne cuentos ya publicados anteriormente y otros inéditos. Las reediciones de sus libros —por ejemplo, cuatro entre 1950 y 1968 de *Las ratas del barco*, siete entre 1957 y 1975 de *La vida como es*— o la publicación de sus obras completas en nueve tomos por la editorial Noguer iniciada en 1969; las tesis doctorales sobre distintos aspectos de su obra, en España, Alemania, EEUU, y Chile —«Me estudian como si fuera un viejo. Está bien. Pero me da pena. Solo tengo cincuenta y cuatro años» comentó al periodista Pedro Mario Herrero—; las traducciones al francés, holandés, italiano y ruso; las entrevistas en periódicos y radios, reflejan una amplia recepción de su labor creativa. Alguna obra fue adaptada al teatro: «La obra que se está representando en el Lara de Madrid [1962], *Micaela*, es una adaptación de mi novela *A cara o cruz*, realizada por Joaquín Calvo Sotelo» (Zunzunegui en Paradela Jiménez); a través de *Micaela*, este relato de *La poetisa*, se convertiría en *Una criada bonita y perillosa* en la adaptación del catalán Josep María Poblet. En 1965, Fernando Fernán Gómez llevó al cine *El mundo sigue* (1960), película de la que hablaremos al analizar dicha novela, y en 1976, Rafael Gil adaptó el

relato *Dos hombres y dos mujeres en medio* (1944), con guion de José López Rubio. En este aspecto fue profético *Mundo Hispánico* en 1957: «Nosotros creemos que, a pesar de las repetidas ediciones que alcanza, su popularidad llegará al máximo cuando sean llevados al cine los argumentos, los ambientes, los hombres que él incesantemente, va arrancando de la realidad».

Todo ello coronado por su nombramiento para la Real Academia Española. En enero de 1957, *Mundo Hispánico* bajo el titular «Zunzunegui y Cela. Dos novelistas camino de la RAE», relataba que «en las tertulias literarias se baraja su candidatura con la de Camilo José Cela, quedando las apuestas a la par». Cela sería elegido en febrero y Zunzunegui en abril. Con el afectado estilo de la época, escribía Pedro Mario Herrero: «Tras la votación reglamentaria, Zunzunegui ha entrado en la Real Academia Española de la Lengua, acaparando la casi totalidad de los votos, ya que solamente un inmortal ha dejado la papeleta en blanco». Y el propio Zunzunegui ofrecía en una entrevista los datos escuetos: «En junta del 11 de abril de 1957 fui nombrado por la RAE académico de número bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal, ocupando el sillón que dejó vacante don Pío Baroja. Me presentaron el duque de Maura, Gerardo Diego y Melchor Fernández Almagro» (Paradela Jiménez). Aunque su discurso de entrada se dilatará casi tres años, ya en el año 57 García Pavón escribía que «Zunzunegui llega a la Academia en su punto de sazón ... cuando su obra goza de tal volumen y calidad que, aunque no se acrecentara, jamás dejaría en entredicho la entrada del novelista de Bilbao en la Real Academia».

Leerá su discurso el 24 de abril de 1960. Los periódicos en su día dieron puntual, pero escueta referencia del acto. «Si se compara este hecho con el despliegue tipográfico utilizado en otras —y no tan lejanas— ocasiones quizá pueda extraerse con todo fundamento esta simple consecuencia: el novelista Juan Antonio de Zunzunegui goza de parva prensa» (Paniagua). No parece exacto que Zunzunegui, por esa época, tuviese «parva prensa» en general, pero quizás la repercusión de su acto académico, comparada con la del

de Cela (mayo de 1957) a quien parece referirse Paniagua, fuese menor.

Para Dámaso Santos, Zunzunegui merecía claramente ser académico: «Cuando recientemente ingresó en la Academia, tanto los asistentes como Gerardo Diego, que pronunció el discurso de recepción, teníamos la sensación de presenciar un trámite que necesariamente ocurriría un día u otro».

Mientras tanto, no es demasiado lo que sabemos de la vida privada del escritor. Vivirá en Madrid en la calle Viriato hasta que, ya a finales de los años setenta, y por motivos de salud, se traslade a la Ciudad de los Periodistas.

Juan Manuel de Prada y Jorge Urrutia recuerdan su fama de gafe por la que se le llamaba *Zeta Zeta*; otros piensan que se trataba de un mote cariñoso. Quizás quien mejor explique el aislamiento de que hablaba Amézaga y ese transmitir mala suerte sea Ignacio Soldevila:

A pesar de frecuentar tertulias como el Gijón, se fue aislando y sus éxitos literarios [en premios y ventas] parecen haberle creado más enemigos que amigos. Puesto en cuarentena, aislado además por una enfermedad que le obligaba a buscar en los inviernos un clima propicio, el «innominable» (se aludía a él como *Zeta Zeta* porque hasta nombrarlo estaba vedado) fue desapareciendo y demasiado tarde se supo de su muerte, en medio de dificultades económicas.

De Prada y López Muñoz comentan que Zunzunegui, al mostrar su voluminosa biblioteca personal, presumía de que sus propias obras ocupaban más en los anaqueles que la *Comedia humana* de Balzac. Según Maura, «cuando Zunzunegui ya era famoso, su madre, preocupada por lo escabroso —según ella— de algunos de sus personajes, le espetó: ¿Por qué no escribes historias de personas decentes? A lo que Juan Antonio respondió: Madre, las personas decentes no tienen historias novelables». Por último, dentro de este apartado anecdótico de la vida madrileña del escritor, García Pavón escribe: «Los que conocimos Bilbao después que las novelas de Zunzunegui, al pasar por primera vez el Puente Colgante o pasear por la Gran Vía, creíamos oír a cada paso la voz de Juan Antonio que desde el peluche del [Café] Gijón nos evocaba su tierra».

Desde Madrid, Zunzunegui hace escapadas a Portugalete en verano y a Alicante en invierno; en 1957 realiza un largo viaje por el continente americano: Estados Unidos, México y algunos países de América Central; al año siguiente, se casa con Teresa Marugán y no tienen hijos. Su carácter luchador, «de vasco que no se muerde la lengua» al decir de López-Lusarreta, y que, además, no olvida lo que entiende como ofensas, le mete en algunos problemas.

En 1952, cuando el Premio Planeta se entregaba en Madrid, Zunzunegui protagonizó un cierto escándalo al retirar la novela que había presentado, *La vida como es*, porque, según José Manuel de Lara, «deseaba tener ciertas garantías». Posiblemente, su retirada estaba muy relacionada con la de Melchor Fernández Almagro, miembro del jurado, quien estaba en desacuerdo con el sistema de votación (Roglan). Según González Ariza, el desacuerdo se debió a la polémica sobre autores noveles o consagrados, en esos primeros años del premio; en la convocatoria no figuraba ninguna cláusula al respecto, pero alguna indicación previa a favor de noveles como estrategia empresarial debió trascender, y Zunzunegui retiró su obra *La vida como es* pocos días antes de la votación. Lara zanjó posteriormente la polémica: «Los consagrados ya no suelen presentarse a estos concursos. Un premio no ha de elevar mucho más su alcanzado prestigio y, en cambio, ser vencido por un novel puede restárselo». Diez años después, opinaba Zunzunegui sobre los premios literarios en España: «Perfectos cuando no los dan las editoriales. Entonces, mejor no hablar» (Flaquer).

«Siempre está indignado contra alguien: Marquerié, Cela, Calvo Sotelo...» comenta Francisco Umbral. En efecto, ya en 1948, se nos ofrece la primera prueba importante de ese «no morderse la lengua»: el jurado del Premio Nacional de Literatura, formado por José Montero Alonso, Joaquín de Entrambasaguas y Alfredo Marquerié lo otorgó a Zunzunegui por *La úlcera*. El premio levantó algunos rumores, y el autor incorporó un prólogo a la edición de la novela titulado «Las cartas sobre la mesa», donde desvelaba los entresijos organizados por Marquerié, a la sazón crítico de *ABC*. Ello motivó un juicio por injurias ganado por Zunzunegui en primera ins-

tancia, pero que perdió en la apelación. La sentencia sumó sanción económica, retirada del mercado de cualquier edición «que incluyese el prólogo», y destierro de Madrid seis meses, que el escritor pasó en Barcelona (López-Lusarreta).

De su relación personal con Cela, solo he encontrado un par de testimonios aunque pudieran existir más. En enero de 1960, cuando el discurso de Zunzunegui en la RAE se ha retrasado casi tres años y aún no lo ha leído, Cela le escribe:

Querido Juan Antonio, estoy muy harto de periodistas chismosos, que hacen de la indiscreción, cuando no de la invención, su arma más habitual [...] Te lo digo a cuenta de un estúpido comentario que me atribuyen sobre tu discurso de ingreso en la Academia. Ni he dicho una sola palabra a ningún periodista ni pienso hacerlo. Quiero que las cosas queden claras porque *no quiero reñir contigo*. ¿Está claro? Un abrazo de tu compañero y créeme, buen amigo, Camilo José Cela (Martín Abad).

En el muy minucioso archivo de la correspondencia de Cela que se conserva en su fundación, no hay rastro de que el escritor vasco hubiera contestado nunca al gallego; la amistad que don Camilo ofrecía a don Juan Antonio jamás fructificó: en 1979, y cuando Cela había dejado de ser censor treinta y tres años antes, Zunzunegui lo seguía recordando como tal: «Precisamente los escritores que más protestaban de la censura te enterabas luego que formaban parte de ella como Pedrito Lorenzo o Camilo J. Cela» (Zunzunegui en *El País*). En posdata de su carta, don Camilo pedía a Zunzunegui un cuento inédito para publicar en *Papeles de Son Armadans*, «decídetes y a todos daremos una lección»; pero nuestro autor nunca publicó en la revista celiana.

Con respecto a Calvo Sotelo, posiblemente el problema se debiera a los derechos de autor de Zunzunegui por las adaptaciones al alemán y portugués de *Micaela* (en su origen *A cara o cruz*), puesto que existe un requerimiento del escritor vasco al administrador de la SGAE en 1963. Un año antes, probablemente de forma irónica, aclaraba Zunzunegui que la adaptación de *A cara o cruz* al teatro «me ha producido más beneficios que mis libros» (Paradela Jiménez).

Otro aspecto interesante de su personalidad es su desprendimiento con respecto a la riqueza: hemos visto ya algunas pruebas como el abandono del próspero escritorio de su padre, la multa en el caso Marqueríe, la retirada del Planeta dotado con cien mil pesetas de 1953... Tras asegurar que su «niñez, adolescencia y juventud han sido confortables. Y muy holgadas», confiesa «ya en el año 58, gracias a la literatura, soy un orgulloso nuevo pobre». Un año antes, comentaba a Herrero: «No merece la pena escribir por dinero, únicamente por dinero; si se pone uno a ello es por dejar algo detrás; algo que perdure, una herencia espiritual. Lo que más acerca a Dios es la creación». Según García Pavón, «Juan Antonio Zunzunegui, con fama de rico como todo el que es de Bilbao, comparte sus ratos de ocio entre unos señores que hablan de la Bolsa a todas horas en bares de postín, y los escritores del Gijón, que nada saben de Bolsa y apenas tienen bolsillo. Esta [es] su doble vida de hombre con libros y con acciones». No he encontrado ningún otro testimonio de tal «doble vida».

Desde 1964, fecha de *Un hombre entre dos mujeres*, el ritmo de su producción novelística va disminuyendo: *La frontera delgada* (1968), *Una rica hembra* (1970), *La hija malograda* (1973). En 1975 reorganiza sus recuerdos añadiendo «otros apuntes y esbozos de mi país» al relato *El adiós a una mina de hierro* que ya había publicado en 1952, y en 1979 publica *El don más hermoso*, destrozada por la censura en 1968. Su última novela, *De la vida y de la muerte* (1984) se editará póstumamente. Forma parte del jurado de algunos premios: el Gabriel Miró de Alicante, el Puente Colgante de Portugalete, el Ciudad de Sevilla, da alguna conferencia... (Paradela Jiménez). Según Amézaga, al final de su vida «pasó algunas necesidades, con cortos ingresos de autor o académico, de mínimos dividendos cada vez con más recorte». En 1979 explicaba al periódico *El País* su situación:

ahora me falla la cabeza y usted no sabe lo que es sujetar en ella cincuenta o cien personajes sin que se arme un caos espantoso. También he perdido vista, oído y memoria visual, algo fundamental para el escritor, pues es sobre los detalles

que observas sobre lo que luego escribes. La verdad es que ya no escribo nada, leo muy poco y desconozco a las nuevas generaciones de escritores. Estoy al borde de la cuarta edad, como dice Dámaso Alonso, y solo pienso en descansar.

En cuanto a su postura política, fue desde antes y en la guerra «falangista de primera hora» (Sawicki), pero «su filiación le causó sinsabores y acabó renunciando a su carnet» (Elías Amézaga); amigo personal de José Antonio Primo de Rivera o de Rafael Sánchez Mazas, y colaborador de *Vértice*, así como admirador de escritores muy cercanos al *fascio* italiano como Pirandello o Bontempelli. Después de la contienda, parece huir de declaraciones políticas hasta diciembre de 1966, próxima la fecha del referéndum sobre Ley Orgánica del Estado; *ABC* realizó entonces una encuesta entre personalidades del momento y, entre la «abrumadora mayoría de síes», Zunzunegui contestó:

Los escritores de libros: ensayistas, novelistas, etc., no tenemos ni un montepío, ni un sindicato, pues nos prohíben sindicarnos ... El Estado actual que dice haberse preocupado tanto de las profesiones de la gente que se gana la vida con su trabajo, nos ha dejado a los escritores en la más absoluta intemperie. Él sabrá por qué ... El día 14, como no tengo nada que agradecer por mi profesión a este Régimen, me quedaré tranquilamente en casa.

Ocho días después el ministerio de Trabajo anunciaba que crearía una asociación de escritores, e incluiría a estos dentro de la seguridad social (López-Lusarreta). En 1975, reciente la muerte de Franco, es significativa su muy escueta respuesta frente a los extensos panegíricos de otros encuestados sobre «la figura del caudillo»: «Franco es una figura excepcional; tanto a nivel nacional como internacional. En cuanto a la monarquía de Juan Carlos, pienso que todo lo que se haga por la paz y el futuro de España me parece bien» (*El pueblo gallego*). Ya en 1979, hablará claro para *El País*:

Yo no estuve nunca con el régimen. Soy escritor, no político, y si no me fui al extranjero fue porque no me resultaba

fácil abandonarlo todo aquí. Pero reconozco que Franco se debía de haber ido antes ... En mi opinión, la restauración de la monarquía tenía que haberse hecho en 1945 y con don Juan. Pero el poder es algo que debe dar mucho gusto. Franco se resistió siempre a abandonarlo y desoyó todas las sugerencias que en ese sentido se le hicieron. Más adelante, para despistar, recurrió a Juan Carlos, con la malísima idea de no dejarle reinar hasta su muerte... Voté sí [a la Constitución]. Ahora, políticamente las cosas están bastante bien, aunque se ha pasado de un extremo a otro y hay demasiada libertad.

Muere el 31 de mayo de 1982 en el hospital de la Cruz Roja de Madrid a causa del agravamiento de la arterioesclerosis que padecía desde 1973. José María de Areilza dedicó entonces un sincero e inteligente artículo a su amigo portugalujo:

Zunzunegui reposa desde ayer en el pequeño cementerio de Portugalete, antaño aislado, en la soledad campestre de una colina y hoy cercado de urbanismo avasallador [...] Si Unamuno encarnó la conciencia civil y liberal de un Bilbao finisecular español dividido por las guerras ideológicas [las guerras carlistas], Juan Antonio nos legó su visión personal e íntima de otro Bilbao que había dado el salto hacia la gran urbe moderna creadora de riqueza y extendida a lo largo de la ría como una inmensa aglomeración humana en torno a fábricas, astilleros, muelles y navíos ... Yo quiero depositar esta pequeña corona de hojas de laurel y de roble sobre la tumba de mi viejo amigo.

En Portugalete y en Bilbao se celebrarían en el año 2000 sendos homenajes a su centenario.

#### COORDENADAS NARRATIVAS

No es fácil encuadrar a Zunzunegui en el contexto narrativo del siglo xx. Empieza a publicar diez años antes de la guerra civil, y vimos ya su relación admirativa con Ramón de Basterra, y a través de él, con las vanguardias. De ahí sus